

Nombre: Paola A. Figueroa Dávila
Categoría: 2

Seudónimo: Lolita
1er lugar

Título: **Mi tío Fico**

Nunca había conocido a mi tío Fico. Es más, no conocía de su existencia hasta hace unas semanas. Un día cualquiera en diciembre, la imagen de mi familia cambió mi vida por completo. Mis padres se habían ido a cenar a un restaurante nuevo en San Juan, un concepto exótico con un chef que venía de Japón, así que sabía que me iba a quedar en casa sola prácticamente toda la noche en lo que comían y llegaban de vuelta a casa. Aproveché esa oportunidad para buscar mis regalos de Navidad a pesar de que mi mamá me pidió que no entrara a su oficina, pero mi misión de adolescente averiguada iba por encima de cualquier regla en ese momento. En su escritorio hay una foto enmarcada de nosotros tres con mis abuelos, sus padres, de hace unos años en mi cumpleaños número 15. Ella es sumamente apegada a mis abuelos Popito y Momita y los visitamos con frecuencia. Me puse a abrir gavetas y las puertas del mueble, pero nada más encontraba miles de papeles aburridos de contabilidad y materiales usuales de oficina. No me iba a dar por vencido así de fácil así que busqué la escalera que usamos para decorar el árbol de Navidad y para cambiar las bombillas y me subí para inspeccionar la parte de encima del mueble.

Al encontrar unas cajas rojas, pensaba que había cumplido con mi objetivo así que con mucho cuidado bajé las cuatro cajas y las puse en el piso para finalmente darle un vistazo a esos regalos que tanto espero. Las tapas estaban polvorientas, pero no me parecía raro ya que esa oficina lo más que tiene es polvo. Al abrir la primera, mi emoción se desapareció más rápido que el no que salió de mi boca cuando mis papás me invitaron a salir con ellos esa noche, no tenía nada de ganas de experimentar con la comida esa nueva que iban a probar. Adentro de las cajas lo que había eran álbumes de fotos de hace como mil años por lo que podía ver. Rápidamente abrí las otras tres y me topé con lo mismo. “¡Qué porquería!”, pensé, pero ya que había pasado el

trabajo de bajar las cajas podía tomar unos minutos para hojear las páginas de algunos de los álbumes de fotos. Al mirar el título del primero quedé completamente confundida.

“Victoria y Tania, 1981”, no me pareció raro que el nombre de mi mamá estuviese escrito en el título, pero no tenía idea de quién era esa tal Tania. Al observar las primeras páginas inmediatamente reconocí a mi mamá de niña, con su pelo largo rubio y sus ojos amarillentos que parecen de gato. También aparecían como protagonistas de las fotos Popito y Momita, pero a ellos los acompañaba una cuarta. En todas esas fotos del primer álbum ella, quien suponía que era Tania, salía como bebé recién nacida hasta cumplir el año. Me tomó mucho tiempo procesar lo que estaba mirando, pero todo apuntaba a que esta bebé, esta persona llamada Tania, era la hermana de mi mamá. Estaba en “shock”, pues toda mi vida me han hecho pensar que mi mamá es hija única igual que yo. En vez de pensarlo un poco más y ser sensible con lo que acababa de descubrir, decidí ir álbum por álbum tratando de entender quién era Tania y por qué no la conocía o mejor dicho por qué nunca había escuchado su nombre en mi vida.

Mire todas las fotos, obsesionada con saber más sobre este misterio. Cada álbum se enfocaba en un año o un viaje familiar o los momentos especiales de la niñez de cada niña. Tania y mi mamá parecían ser inseparables. De lo que pude entender en ese momento mi mamá es dos años mayor que su hermana y eran muy diferentes. Mi mamá siempre iba vestida de rosa o morado, con trajes de telas delicadas y lazos en su cabello dorado, mientras Tania siempre llevaba pantalones y una gorra que cubría su pelo oscuro. Tenían los mismos ojos, eso lo noté desde el principio. 1982, 1983, España 1985, Graduación de Kínder de Victoria, Tania cumple 7, 1990, 1992, Quinceañero de Victoria, Argentina 1996, Graduación de Tania de cuarto año, Victoria y Miguel se casan... ese era el último en el que aparecía Tania, la boda de mis padres. Ellos se veían tan felices y jóvenes, mi mamá con su traje de princesa color blanco y mi papá con su chaqueta negra y sonrisa resplandeciente. Tania fue la dama de honor, pero llevaba una etiqueta verde menta en vez de los trajes del mismo color que llevaban todas las otras damas.

No encontré una foto de mis abuelos con sus hijas, solo una de mi mamá con sus padres. La ausencia de Tania me sorprendió, pero el próximo álbum era el de mi nacimiento “Bienvenida, Jimena” y de ahí en adelante ella es como un fantasma familiar.

Toda esta sobrecarga de información y emociones me hizo llorar de la confusión y el nuevo dolor de sentirme como una extraña en mi propia familia. Había perdido la cuenta del tiempo que llevaba en la oficina de mi mamá rodeada de todas esas memorias ajenas y ya era casi hora de la llegada de mis padres así que empaqué todo lo que había sacado y lo puse de vuelta en su lugar. No estaba en el estado para ver a mis padres así que corrí a mi cuarto y me desaparecí entre las sábanas. Recuerdo levantarme la mañana siguiente con el recuerdo del sueño que tuve esa noche, conocí a una persona que era igualito a Tania, pero era un hombre. Con ese pensamiento mañanero me salí de la cama y me dirigí a hablar con mi mamá. Ella estaba en esa oficina que me había revelado a esta persona desconocida y ahora iba a convertirse en el lugar donde iba a descubrir la verdad. Mi mamá estaba cuadrando los estados de cuenta de uno de sus clientes, llevaba la cara de concentración que siempre lleva al trabajar, con el ceño fruncido y la nariz arrugada. No le di ni tiempo a reaccionar al entrar a la oficina cuando le conté todo lo que había encontrado. Ella me dejó terminar, pero veía las lágrimas bajar por sus mejillas desde la primera oración que salió de mi boca.

Me desahogue por completo y entonces escuche a mi mamá. “Esto es un tema muy difícil para mí, Jimena, así que me tienes que escuchar con mucho cuidado.” Ella me explicó que no había hablado con Tania en 22 años. Poco a poco me fue contando todo lo que pasó en su familia y por qué Tania se había convertido en un fantasma. Su hermana Tania había combatido con su identidad desde que era pequeña y el año de la boda de mis padres, les dejó saber a todos que ella ya no iba a ser Tania, iba a ser Francisco. La única que lo entendió fue mi mamá, su querida Victoria, el ángel de la guarda de mi tío. Mis abuelos no lo tomaron nada bien y desde ese día nunca más le hablaron a Francisco. Ese fue el día después de la boda de

mis padres y mi mamá no ha visto a su hermano desde esa pelea. Mi mamá se iba de viaje a su luna de miel esa misma noche a Tailandia y le dijo a su Francisco que contaba con todo su apoyo, pero que la esperara para volver a hablar con sus padres. Dos semanas después volvió de su viaje y Francisco, o mejor dicho Fico, se había desaparecido de su vida, como si hubiesen borrado su existencia con un clic a la tecla de borrar.

Mi mamá continuó diciéndome que desde ese entonces ha tratado todo para contactarlo o por lo menos saber cómo está, pero lo más que ha logrado es una amistad en Facebook. Todos los mensajes que envía nunca reciben una respuesta. Ella sabe cada detalle de la vida de su hermano, pero no lo conoce a él de verdad. Sabía que no podía tampoco aislarse de sus padres, aunque ellos tuvieran la culpa por rechazar a Fico, pero sin ellos estuviese sola con la excepción de mi papá. Al terminar la historia fui a abrazar a mi mamá y me atreví a preguntarle con lágrimas bajándome por las mejillas “¿Que piensan Popito y Momita ahora?”. Su contestación fue simple: “Se arrepienten todos los días, pero actuaron muy tarde”.

Sali de la oficina después de conversar con mis padres un rato con una misión, lo que me ha traído aquí hoy. Llegué de vuelta a mi cuarto y al sentarme en mi cama inmediatamente busqué a todos los Francisco Villegas que encontré en las redes sociales. No se me hizo difícil identificarlo, esos ojos de gato no se pierden nunca. Lo seguí en Facebook y en Instagram, en ambas plataformas. Le envié un mensaje de cómo un millón de palabras explicándole todo y comencé el juego de la espera. La contestación me llegó siete horas después y era casi igual de larga que mi mensaje. Mi tío me explicó por qué había desaparecido y todo lo que había hecho con su vida desde ese día. Era arquitecto y vivió en Miami por 20 años, pero estaba de vuelta en Puerto Rico desde hacía dos años y se había mudado con su esposa Miranda y su perro Houdini.

La razón por la cual había desaparecido era sencilla. Quería proteger a mi mamá, no quería ser la razón por la cual se complicaría la relación tan bonita que tenía con mis abuelos. Me explico que él siempre supo que él no se sentía cómodo en su cuerpo y que le tomó mucho tiempo estar listo para hacer el cambio de verdad, pero que no se arrepentía de ningún cambio ya que ahora es él de verdad. Le dolió muchísimo el rechazo de mis abuelos, pero él estaba preparado para una reacción así. Lo último que decía el mensaje era: “De lo que sí me arrepiento es de nunca darle la explicación tan merecida a Victoria y en vez ignorarla, pero no sé cómo explicárselo”.

Mi reacción inmediata fue coordinar un café con él para crear un plan de acción. Yo sabía que tenía que reunir a mi tío con mi mamá y mis abuelos, no importa la historia que les perseguía porque era claro que todos querían pasar la página y continuar como familia. Todos nos habíamos perdido mucho de su vida, momentos sumamente especiales que nunca se iban a repetir, pero lo importante era seguir adelante. Nos encontramos en una panadería y le explique cuáles eran mis intenciones. Mi tío estaba muy nervioso y le tomó mucho acceder, pero yo no iba a salir de allí hasta que me dijera que sí. Decidimos hacerlo hoy, 24 de diciembre, porque Popito y Momita iban a estar en mi casa para la cena de Noche Buena. Le pedí que por favor trajera a Miranda y a Houdini, que todo lo demás lo resolvía yo. Me aseguré de que mi madre no sospechara nada haciéndole muchas preguntas de mi tío Fico como si todavía no conociera nada de su vida. Conté los días hasta hoy, cuando todo va a cambiar con un simple abrazo de aceptación, estoy segura.

Ahora estoy aquí, metiendo el postre en la nevera y esperando con ansias a que suene el timbre de la puerta. Esperé unos minutos hasta que finalmente sonó y escuché a mi mamá preguntar quien pudiese estar allí. Lo que siguió ese momento es lo más lindo que he visto en mi vida. Mi mamá gritó, mis abuelos lloraron y mi papá le tomo fotos a todo. No pensaron en preguntar como tío Fico había llegado aquí, estaban todos demasiado enfocados en sentir las

emociones que habían tratado de suprimir por tantos años. Poco a poco todo se fue explicando y Popito pidió perdón aproximadamente veinte mil veces en lo que su hijo les contaba de los últimos 22 años. Mi abuela estaba maravillada con lo diferente, pero hermoso que se veía su hijo y le prometió la colección de corbatas de mi abuelo. Yo los observaba con la sonrisa más grande y los ojos llenos de lágrimas, pero los deje tener su momento. Miranda y Momita son maestras de arte, así que ese vínculo se estableció desde ese primer encuentro. Estoy escribiendo esto para no olvidar esta noche tan maravillosa y posiblemente continuar la tradición con un álbum de fotos nuevo para la colección. Es cierto, no conocía a mi tío Fico hasta hace poco, pero estoy segura de que las nuevas memorias que iremos formando serán suficientes para designarlo como una parte única de mi vida que me podrá dar más lecciones de vida que cualquier otra.